

ristico para todo el período del Renacimiento. Ya antes de Dante había dicho su maestro Latini: «La virtud constituye la nobleza, no la serie de los antepasados;» pero Dante habla con mas energía y va mas lejos. Aunque en un pasaje se limita a decir que el mérito personal juntamente con la cuna ilustre componen la nobleza, en otros pasajes se inclina mas y mas a la idea de que la nobleza no puede heredarse, sino que es preciso que cada individuo se la gane. Por esta razon dice en la cancion que explica en el libro 4.º del *Convite*:

Donde hay virtud hay siempre nobleza,
Pero no siempre donde hay nobleza hay virtud;

y al fin de la larga disertacion que sigue a la cancion, llega al resultado «de que no ennoblece la cuna a las personas, sino que los individuos prestan lustre a su familia;» y de este principio saca la consecuencia de que cada individuo noble debe merecer su nobleza de nuevo, porque la nobleza es:

...una capa que se achica pronto,
Tanto que si el hombre no la añade algo día por día,
El tiempo con sus tijeras la va recortando todo al rededor.
(*Divina Comedia, Paraíso, lib. 16.*)

Otro elemento esencial de la civilizacion del Renacimiento es el modo de entender la moral y las buenas costumbres, y como corolario, su relacion con la religion y la Iglesia; y en esto se manifiesta Dante, como en lo demás, verdadero apóstol de la nueva era. Justiciero inexorable, castiga en sus escritos a todos los personajes de nota cuya conducta no estaba conforme con las prescripciones de la sabiduría y de la moral, y muy hipócrita habria sido si se hubiese permitido lo que reprende y condena en los demás. El idealismo que respira toda su vida; su política grave y severa; el espíritu rígido de sus obras, no podian menos de apartarle de los plagios superficiales del mundo y elevarle a las alturas serenas, a donde no llega la embriaguez de la sensualidad. Poco significa, en frente de tales rasgos, que además de Beatriz hubiese tenido Dante otra mujer amada, ni que en su juventud hubiese sido aficionado a los placeres de la mesa mas de lo que conviene a un sabio. Estos eran pecadillos que de ningún modo podian causar inquietud al poeta respecto de su salvacion eterna. Otro pecado mas grave es el que le reprehende Beatriz, es decir, que él se reprende haciendo hablar no a su ex-amante sino a un sér imaginario al cual evoca con este nombre; y este pecado no puede ser corporal sino espiritual, como era su afición a la filosofía, a las ciencias profanas, a los autores antiguos gentílicos, estudios todos ajenos y hasta contrarios a la teología.

Dante fué siempre buen cristiano; a los epicúreos y a todos los que negaron los principios y preceptos fundamentales de la religion, los puso en el Infierno, no para halagar a la Iglesia y a sus representantes, sino por convicción propia, pero por otro lado tenia sus dudas, y le dió mucho en qué pensar la cuestion de si la materia era creada ó increada, es decir, eterna, sin que consiguiera llegar a resolverla satisfactoriamente. Como esta cuestion, fueron para él objeto de meditaciones otras del dominio de la filosofía, ciencia que, despues de la muerte de Beatriz, fué la verdadera amante del poeta, y que si no llegó a borrar la memoria de aquella, la hizo olvidar temporalmente. La *Vida Nueva* es la apoteosis de la Beatriz difunta, y *El Convite*, que Dante escribió despues y antes de *La Divina Comedia*, forma tambien la transición entre la primera y la última de estas obras, por su objeto é intencion. En este *Convite* ocupa el lugar de la célebre amante otra figura femenil, la *mujer gentil* (*la donna gentile*), mujer nobilísima, bella y perfecta, mujer gentil y gentilica, dechado de todas las hermosuras, en una palabra, la filosofía,

ciencia divina tambien, ideal superior a la amante primera. Bajo esta alegoría pinta el poeta el deseo inmenso que le atrae a la ciencia profana y gentilica, no en el idioma de los eruditos, bien que conserva la terminología de escuela, el sistema de demostracion ultrapredante de la Edad media, sino en el idioma nacional vivo, con la intencion manifiesta de comunicar estas ideas a los legos; en lo cual no hacia mas que seguir la corriente del siglo, que impulsaba a la gente ociosa y letrada a plantear problemas filosóficos y discretos. A esto se agregaba la costumbre ó afición de Dante a aducir juntos ejemplos gentílicos y eclesiásticos, como si atribuyese igual autoridad a unos que a otros, porque reconocia en el gobierno del universo la influencia del destino, del hado, que los antiguos colocaban a igual, y aun a mayor altura que los dioses. Así en un pasaje abandona, por boca de Virgilio, su poeta favorito, el gobierno del mundo a la diosa Fortuna, con lo cual, bien que indirectamente, rebaja y desconoce la sabiduría y bondad de Dios, que recompensa y castiga a los hombres segun sus méritos ó sus culpas. Esto, por supuesto, no constituye, presentado de esta manera, ninguna herejía en el autor; pero Dante, que ya se iba haciendo viejo, se acusa de ello como de un crimen que pedía reparacion, porque si era pensador y caviloso, no era polemista, y como investigador prudente, deseaba vivir en paz con el mundo y con la Divinidad. Para recobrar esta paz inventó aquella grandiosa procesion mística que figura en el Purgatorio, segunda parte de su *Divina Comedia*, y en la cual toman parte Cristo, los Evangelios, los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento, la Iglesia y sus simbolos, y tras de ellos su Beatriz. Tanto aparato no hubiera imaginado Dante para representar simplemente su reconciliacion con su antigua amante; de modo que bajo esta alegoría debe de estar oculto un propósito mas elevado. Scartazzini, en su obra: *Dante, su época, su vida y sus obras* (1), da la explicacion siguiente, que admitimos sin reserva: «Si Dante se ha alejado de su Beatriz es que se ha alejado de la Iglesia cristiana, idealizada en la procesion mística. Sepárale de ella el Leteo, río que no puede atravesar sin haber purgado antes su delito con lágrimas de arrepentimiento sincero. Para esto se dirige la procesion hácia él y en frente de él se detiene, para volverse a poner en movimiento tan luego como Dante ha sido admitido en el círculo de las siete vírgenes que rodean el carro místico. Todo esto viene a ser, por lo visto, una alegoría de la caridad cristiana, que busca a los extraviados y descarriados. Dante se presta al llamamiento, pero antes de ser admitido en el círculo de las siete vírgenes y de poder acercarse al carro místico, ha de hacer penitencia. Su reconciliacion con Beatriz es, pues, su reconciliacion con la Iglesia cristiana, figurada alegóricamente en la procesion mística; y su aproximacion a Beatriz significa tambien su aproximacion a Jesucristo, a las revelaciones contenidas en la Escritura Sagrada, a las virtudes cristianas, al Espíritu Santo y a sus dones.»

Esta necesidad interior de acercarse a la Iglesia no es lo que hace de Dante un representante incompleto del Renacimiento, porque se puede ser un gran humanista, completamente identificado con el Renacimiento, y ser, al mismo tiempo, gran amante de la religiosidad; lo que impidió a Dante ser soldado completo de la nueva era, fué su creencia supersticiosa en la incompatibilidad de la ciencia con la religion, y el temor consiguiente de exponerse, entregándose a la ciencia, a perder las bendiciones de esta, la Iglesia; de aquí el apresurarse a renunciar a la ciencia y a someterse a la Iglesia completamente. Esto no obstante, Dante es siempre el poeta inmortal y el genio poderosísimo de su tiempo.

(1) Se publicó en alemán, en Bielefeld en 1869. (N. del T.)

Así fué venerada su memoria inmediatamente despues de su muerte, y poetas y poetas rivalizaron en cantar sus glorias. Véase, traducido en prosa, uno de los epitafios dedicados en verso a su memoria:

«Aquí yace la soberbia columna de la elocuencia romana, la gloria del pueblo toscano, honra y príncipe de los poetas, Dante Alighieri. Desterrado de su ciudad natal por la envidia, iluminó todo el orbe con su fama, porque para él no tenían secretos ni los movimientos de los astros, ni los rayos del cielo, ni las intenciones de los dioses, ni la voz del porvenir ni los signos del tiempo. Jamás le engrió la fortuna ni le desalentó la desgracia; como baluarte firmísimo, desafió la suerte variable; libre de concupiscencias, buscó solo la virtud y todo lo que es noble; por eso la muerte envidiosa no pudo ofuscar su gloria; su nombre será recordado y venerado perpetuamente y su fama jamás perecerá.»

Francisco Petrarca.



III

PETRARCA

abismo. Midiendo como los dos, como si el mérito de Petrarca corto, porque la no es ni tan variada ni tan; pero considerando a am relación con el Renacimiento, el precursor de la era u coronamiento.

le 1304 en Arezzo, donde sterrados de Florencia, su ene tener en consideracion cia de este vate en la his- su índole y personalidad, nanera de tratar la política

ca el primer hombre mo- tes y despues, se esforzó en

estudiarse a sí mismo y en explicar a los demás el resultado de sus observaciones. Al través de toda su vida se descubre este afán de conocerse a sí mismo, mérito que no pierde su legitimidad porque no produjera el resultado deseado, es decir, la consiguiente mejora interior y la correccion de los defectos reconocidos como nocivos. Petrarca habla de su persona en varias de sus obras; en sus cartas, que dividió en tres clases, familiares, seniles y sin título, que forman 40 libros, obra de la vida de un hombre, y en la cual no refiere, con la minuciosidad que seria de desear, los sucesos de su vida, pero en cambio pinta con todos sus detalles y la mayor fruicion, su interior. Su epístola a la posteridad (*epístola ad posteros*) viene a ser el principio de una corta autobiografía que apenas abarca dos terceras partes de su vida, pero en la cual, a fuer de verdadero biógrafo, concede por lo menos igual importancia a la historia de la formacion de su carácter é índole, que a los sucesos que influyeron en su existencia, lo cual se observa, principalmente, en sus confesiones, que son una especie de revista retrospectiva con su parte de cálculo ó pronóstico del porvenir, y llevan diferentes títulos, segun los asuntos de que tratan, como: *Secretos, El desprecio del mundo, los cuidados y sus conflictos* (*Secretum, De contemptu mundi, De conflictu curarum suarum*). Por supuesto que no hay que buscar en esta epístola ni en las otras ni una descripción imparcial de los sucesos, ni un programa decidido para la conducta futura. A Petrarca, acaso mas que a otros que se estudian a sí mismos y publican la historia crítica de su propio ingenio, carácter y corazón, puede apli-

carse el dicho acertado de Hettner (1): «Diarios y confesiones continuados con regularidad llevarán siempre el sello de la vanidad de los autobiógrafos que los escriben y que siempre tomarán posturas artificiales delante de este su pretendido espejo, figurándose en su imaginacion ser héroes de novela.» No obstante esta debilidad, son las confesiones de Petrarca un documento notabilísimo sobre su época, y un instrumento indispensable para juzgar a su autor, porque entre muchas ficciones y de algunos rasgos de vanidad, ofrecen muchos datos verídicos y naturales, sin adornos ni barniz; y la misma tentativa de quererse observar y conocerse a sí mismo, hecha de una manera débil y defectuosa, da interés a la obra de Petrarca, aun prescindiendo de su mayor ó menor veracidad y de que sea mas ó menos completa.

En una de sus cartas refiere Petrarca por qué circunstancia se vió impulsado a observarse a sí mismo. A la edad de 32 años subió al monte Ventoux con Gerardo, su hermano menor y compañero de vida y estudios, que le obedecía en todo. Amábanse mutuamente, como corresponde a hermanos. El menor, atento solo a evitar las dificultades y obstáculos del camino, subia ágil y alegre, mientras el mayor, meditabundo y entregado a sus pensamientos, apenas sintió las molestias de la ascension; así llegaron ambos a la cumbre de la montaña, y Francisco Petrarca, en carta de 26 de abril de 1335, dirigida a su confesor favorito Dionisio da Borgo San Sepolcro, expresó en estos términos la impresion que le causó el inmenso panorama que se desarrolló en torno de los dos hermanos: «Quedé asombrado. Debajo de mí las nubes, y delante de mí se dilataba en lontananza el suelo amado de Italia, y se elevaban las cumbres de los Alpes cubiertas de nieve, que parecian casi al alcance de mi brazo; y sin embargo, tan distantes estaban estos y aquel. Creia aspirar el aire de Italia, y experimenté un deseo inmenso de volver a mi patria y al lado de mis amigos; pero pronto me reprimí por ceder a este deseo afeminado é inconveniente. Entonces me acordé de tiempos pasados, cuando estudiaba en Bolonia, y hube de confesarme que si las inclinaciones y deseos habian cambiado, los vicios y defectos continuaban los mismos.... Despues volví a dirigir la vista al espectáculo grandioso de la naturaleza que me habia hecho emprender la ascension, y ví a mi alrededor montañas y valles, las tierras y el mar, lo cual me causó gran placer; y mientras me entretenia contemplando cada cosa por sí, ora hundiendo la vista en el fondo, ora alzándola y elevando el espíritu al cielo, saqué las confesiones de San Agustin maquinalmente de mi faltriquera, porque es un libro que me acompaña a todas partes y que bajo un volúmen reducido oculta un contenido riquísimo, y dí al abrirlo con este pasaje: «Ahí van los hombres a admirar las cúspides de las montañas, las olas enormes del mar, los anchurosos lechos de los rios, los océanos dilatados y las órbitas de las estrellas, y se olvidan de estudiarse a sí mismos.» Al leer esto me espanté; cerré el libro y me dirigí reconvenções amargas por haberme dejado encantar por cosas terrenales, cuando podia haber aprendido hacia mucho tiempo, hasta de los filósofos gentiles, que lo único grande, lo único digno de admiracion es el espíritu, el alma. Con este pensamiento bajé taciturno de la montaña, aparté mi mirada de las cosas exteriores y la dirigí a mi interior.»

(1) El ya citado Burckhardt y Teodoro Hettner son los autores que Luis Geiger, autor del presente período histórico, ha puesto mas a contribucion. T. Hettner, nacido en 1821, fué profesor y catedrático de estética é historia del arte en la Universidad de Jena y luego en el *Politecnium*, y director del museo de Dresde. Es autor de muchas obras apreciabilísimas, siendo la mas célebre su *Historia de la literatura del siglo XVIII* (Brunsvick, 2.ª y 3.ª edicion, 1872), que trata de la *literatura inglesa, francesa y alemana*. (N. del T.)

El co-causante de esta disposición de espíritu, el maestro de toda bondad, San Agustín, era en el fondo el interlocutor de Petrarca en esta acusación de sí mismo; era el que le había mostrado el camino de una manera precisa; pero esta acusación de sí mismo que hacia Petrarca le era, en el fondo de su corazón, demasiado agradable para que se condenase ni se abandonara a la desesperación. Entre las faltas que el padre de la Iglesia hace confesar a su joven amigo, una de las que San Agustín considera la más grave es «el afán de adquirir fama entre los hombres y de hacer inmortal su nombre.»

El anhelo de adquirir fama, la enfermedad de todas las notabilidades del Renacimiento, devoraba también a Petrarca y le aguijoneaba para desplegar toda su fuerza intelectual, bien que esta pasión no era el único móvil de sus esfuerzos nobles; y aunque Petrarca se rebelaba en su interior contra esta flaqueza, padeció de ella toda su vida, a pesar de la autoridad de San Agustín, el cual predica que todo lo terrenal es transitorio, que solo excita la envidia de los contemporáneos, y sucesores incapaces desacreditan los esfuerzos más nobles, hechos anteriormente por otros, y hacen olvidar su mérito en menos tiempo que los admiradores contemporáneos han tardado en reconocerlo. También es inútil para Petrarca la reflexión del gran santo, de que todos los tesoros terrenales se pierden con la muerte, siendo más provechosa la adquisición de los bienes morales que encuentran su recompensa en nuestro corazón, por lo cual deben ser preferidos a los productos de la inteligencia, que busca los aplausos de los rivales. Todas estas reflexiones, importantes para corregir a un solo individuo, lo eran naturalmente mucho más para convertir toda una generación.

A haber sido San Agustín realmente, el consejero de Petrarca, no le habría sorprendido, por cierto, que su protegido buscara la gloria hasta el fin de su vida y que considerara la recompensa más alta y la meta más digna de un autor literario la corona de laurel con que los contemporáneos ceñían la frente de sus grandes vates, sin que fueran bastantes para matar esta noble ambición ni la envidia de émulo pigmeos ni el menosprecio altanero de los enemigos de la ciencia. No es dudoso que el santo habría encontrado muy natural que Petrarca considerara como sus obras más grandes las que conquistaran la admiración de los doctos y de la posteridad, las que tuvieran por objeto una idea elevada o las investigaciones y estudios de la antigüedad, por ejemplo, su *Africa*, su *Historia de Roma*, sus *Escritos filosóficos* y sus *Sonetos*, mucho más que aquellas que le proporcionasen los aplausos de sus contemporáneos, como las manifestaciones de amor y de odio que ardiendo en él, encendían en los pechos de los demás, los consuelos de los que sufrían y las alegrías de los dichosos que tan elocuentemente sabía pintar. No veía la mirada agradecida de los amantes a quienes había consolado, pero veía y palpaba los testimonios públicos, ruidosos y embriagadores que le procuraba su fama, los presentes que le hacían los grandes de la tierra, las cartas gratulatorias de sus émulo, los decretos obsequiosos de las ciudades, las diligencias que hacían los príncipes para atraer al poeta a su servicio, el celo de los florentinos para enmendar la injusticia que habían cometido con su padre y para hacer un recibimiento digno al hijo, su conciudadano ilustre; la entrada triunfal que le dispusieron los ciudadanos de Arezzo, que determinaron conservar como un monumento patrio la casa donde el vate insigne había nacido; el saludo entusiasta que le hizo el maestro de escuela de Pontremoli, viejo y ciego ya; la hospitalidad régia que le ofreció un platero retirado de Bérgamo, admirador entusiasta de las eminencias literarias; demostraciones y pruebas tan palpables,

tan seductoras de su fama que antes de renunciar a ellas habría renunciado a la vida.

Otro mal que padecía Petrarca y del cual deseaba curar, era la *acedia*. No fué Petrarca inventor de esta palabra, ni el primero que sufrió el mal que designa, pues que de él habló ya el filósofo y poeta Apolonio de Rodas, que vivió aproximadamente desde el año 250 hasta el 200 antes de nuestra era, y después de él Cicerón, del cual la tomaron los hombres del Renacimiento. La *acedia* (1) significa aquella indiferencia o pasividad, conocida ya en tiempos remotísimos, recomendada por unos y vituperada por otros. La teología moral católica entendía por *acedia* «la falta de deseo de participar de los bienes espirituales en cuanto son un don divino,» y por esto mismo la condenaba. En la Edad media era este mal endémico y frecuente en los conventos, y según la definición de un escritor monacal, era «la tristeza o desabrimiento que resulta de un desorden mental, y consiste en una aflicción moral excesiva que mata la alegría del espíritu y le concentra en sí mismo, como horrorizado de la vista de un abismo de desesperación.» Cuando el Renacimiento arrebató el privilegio exclusivo de la civilización a los conventos, la *acedia* traspasó también los muros de estos y se apoderó de los literatos seculares, siendo su primera víctima Dante, fundador de una nueva era. Los que sufrían este mal estaban «tristes en medio del ambiente dulce y penetrado de luz» que respiraban, dejándose devorar por el «fuego lento» de la pereza, indiferentes para el bien y los goces con que brinda el mundo.

En el alma de Petrarca adquirió esta enfermedad su mayor desarrollo. Entonces ya no era un mal condenado por la Iglesia ni quedaba el que lo sufría excluido de la bienaventuranza en el otro mundo, ni era tampoco un mal feo que expulsaba al doliente de la sociedad de los alegres, sino que se había hecho un mal admitido como inherente a la naturaleza humana y que atacaba con preferencia a los talentos más eminentes a consecuencia de su lucha entre lo real y lo aparente, de sus esfuerzos para sustituir con razonamientos filosóficos la soledad que deja en los ánimos pensadores la vida material rutinaria, del recuerdo que han dejado en el alma sufrimientos anteriores, del presentimiento de penas venideras, de la desesperación que se siente al comparar la inquietud que devora el espíritu propio con la tranquilidad apacible y asegurada de los demás, de la conciencia interior de que los resultados de los deseos y trabajos propios no corresponden a los esfuerzos que se hacen, y finalmente, de la convicción de que la vida del hombre es un círculo vicioso y confuso, en el cual lo malo va delante y lo bueno viene al final.

Podrá llamarse la *acedia*, también, pesimismo, melancolía, desabrimiento, cansancio del mundo; pero ninguno de estos nombres define precisamente este mal acerbo é incurable que se burla de toda definición, y cuyas víctimas se ven atormentadas por el deseo de adelantar a la humanidad quedándose fuera de ella; de ser honrados como eminencias y disfrutar de las dulzuras de la medianía feliz, de ocuparse activamente en cosas serias y positivas, y dedicarse a la vida contemplativa, extremos inherentes a la naturaleza humana.

Otros defectos de que Petrarca se acusa, como la fe en su inteligencia, el orgullo que le inspira su elocuencia, su culto del vigor y de la hermosura, su anhelo de bienes terrenales y transitorios, no los considera como muy graves, y otros de que le acusaban los demás, como la envidia, la ira y la gula, declara ser imputaciones destituidas de fundamento. En

(1) Viene del griego *a*, partícula privativa y *cedos*, actividad.

cambio se acusa de un mal tan peligroso é invencible como la ambición de gloria y la *acedia*, a saber, el amor.

Tenemos a Petrarca afectado de *acedia*, enfermedad enteramente nueva, del afán de gloria, defecto común a todos los hijos del Renacimiento, y del amor, sentimiento universal; mas para entender el amor de Petrarca hay que tener presente el amor cantado por los trovadores en el postrer período de la Edad media, amor que iba enlazado con el culto de la virgen y el de la mujer casada. Este carácter tenía el amor de Petrarca y como se agregaron a este sentimiento la *acedia* y el afán de gloria, por incomprensible que sea esta mezcla, resultó de ella el sello especial que distingue al Petrarca. Así es que apenas se hubo apoderado de él el amor, ya quiso hacerle, con el nombre de Laura, inmortal, esperando al propio tiempo adquirir nueva fama con su afecto tierno y su fidelidad, lo cual le obliga a buscar é inventar cuitas y padecimientos también en el amor, como los encontraba ó inventaba en todo, no pareciendo sino que se deleitaba en los lamentos y que veía un ultraje al amor en cada sentimiento de alegría. No por esto dejó su amor de ser verdadero y su objeto muy positivo, no obstante sus explicaciones fantásticas del nombre de Laura, derivándolo del *aura* y del *laura*. El que sacara de aquí la consecuencia de que este amor era una pura ficción de poeta, erraría, lo mismo que aquellos que antes creían que Laura no era ninguna mujer de carne y hueso, sino una ficción, como su amor. Por supuesto, no intervenía en este amor ni la sensualidad ni el deseo apasionado de ver recompensada su constancia, porque esto era imposible tratándose de una mujer casada, madre de una numerosa prole, y de la cual el mismo poeta enamorado dice literalmente: *Corpus illud egregium multis partibus (no perturbationibus) exhaustum*. Mucho menos podrá hablarse de amor carnal ó terrenal cuando su objeto estaba hacia más de veinte años en el sepulcro; y sin embargo, a un amigo que se burlaba de su amor a Laura diciendo que había inventado este nombre solo para enaltecerlo, contestó Petrarca estas palabras: «Ojalá que fuese ficción y no locura.»

Los defectos y faltas de que se acusa Petrarca ó de que se hace acusar por San Agustín, forman solo una parte de su individualidad, aquella para la cual no necesitaba el contacto con otras personas. Para comprender, pues, totalmente al célebre vate es menester conocerle en el comercio con sus semejantes, sobre todo con sus amigos; porque Petrarca fué realmente un buen amigo para todos los que le mostraban amistad y cariño, para sus colegas y discípulos cuando necesitaban su auxilio. En esto ya era diferente su modo de proceder que en el amor, puesto que para el culto de la amistad le ofrecía la antigüedad ejemplos directos, y no puede dudarse que cuando empezó a reunir sus cartas amistosas, y quizás ya cuando las escribió, tuvo presente la correspondencia de Cicerón con Atico como modelo brillante. También puede suponerse que al trabar una nueva amistad debió de acordarse de dos amigos romanos célebres; pero si lo pensó no fué para imitar estos ejemplos, porque para esto era su alma demasiado noble. Para conceder la amistad, el sentimiento más puro que puede unir a dos hombres, no necesitó imitar a los varones que le eran simpáticos. Sus cartas respiran inmenso deseo de satisfacer esta necesidad de tener amigos, no amigos poderosos que pudieran favorecerle, como muchos han creído, porque consta que muchos le eran inferiores en categoría y posición, y también constan los servicios positivos que Petrarca prestó a sus amigos para probar que la mutualidad era la base de esta clase de relaciones del vate. Por esto evitó criticar las cosas que no estaban bien y en cambio le gustó alabar lo que merecía alabanza;

odiaba la desconfianza como una ponzoña, y se deshacía luego de aquellos compañeros que por sus acciones poco honrosas ó por sus malas intenciones se hacían indignos de su amistad. La mejor prueba, quizás, de que Petrarca era capaz de sentir amistad verdadera, es que también sabía odiar, y que sin ser aficionado a pendencias, sabía cuando le atacaban contestar a insultos con insultos, y sacar a luz sin misericordia los defectos de sus adversarios.

En uno de sus escritos dice Petrarca que el tiempo menos mal empleado era para él el que dedicaba, después de Dios, a sus amigos; para él estaba por encima de los hombres Dios, cuyo servicio era primero que el que exigen los mortales. Como era sacerdote, disfrutaba Petrarca beneficios eclesiásticos. Esto no ha sido siempre una razón en otros para tener convicciones y conducta propias de un buen eclesiástico, pero lo fué en nuestro vate y lo evidenció en las expresiones rudas con que calificó a sacerdotes y papas indignos de sus respectivos cargos, y mucho más en la observancia estricta de las obligaciones que le imponía su carácter eclesiástico, en su veneración a los autores eclesiásticos, y en los cánticos y tratados religiosos en prosa que escribió para expresar su devoción fervorosa y para edificación de los demás.

Su fe religiosa se hermanaba con la convicción científica, y así deseaba que hiciesen todos. Siempre que la fe y la ciencia entraban en pugna disputándose la supremacía, acudiendo a la intolerancia y a la fuerza bruta, se ponía Petrarca del lado del partido oprimido; y como la ciencia en ninguna de sus fases de desarrollo se ha mostrado dispuesta a someterse a la teología, y como, por otra parte, esta última ha manifestado en muchas ocasiones el deseo de triunfar sobre la ciencia, ha quedado trazado así a todo espíritu independiente su deber y el camino que le correspondía seguir. Pues bien, uno de los timbres de gloria más brillantes de Petrarca consiste en que jamás hizo traición a su sacerdocio verdadero, el de la inteligencia, a pesar de la corriente dominante de su época, favorable a la religión, y de su inclinación propia, no menos favorable a la fe, y a su estado eclesiástico personal; y si bien en una pugna que estalló entre la facultad de teología y las demás de la universidad de Florencia, estuvo en favor de la primera, como la más antigua, siempre se le vió del lado de la ciencia cuando tuvo que elegir entre el ejercicio libre de la inteligencia y la sumisión ciega a la tutela eclesiástica.

Petrarca era humanista, admirador de Roma y de la lengua latina. Cultivaba el latín con un entusiasmo tan exclusivo que descuidó los tesoros de la civilización griega, y a pesar de proclamar en muchas ocasiones su afición a la lengua y literatura griegas, murió sin haber conocido ni una ni otra. Las tentativas que hizo para aprender el griego, no dieron resultado a causa de su aversión propia y de la incapacidad de sus maestros, que eran griegos emigrados de su país a quienes la casualidad le hizo conocer; y un ejemplar de las poesías de Homero que un amigo le regaló, fué siempre para Petrarca un libro cerrado.

Gustábase escribir en latín y manejaba esta lengua si no con arte exquisito, con tanta independencia y vigor que se creó un estilo individual. Sus escritos latinos no pueden calificarse de clásicos ni puede servir su estilo de modelo desde el punto de vista de los latinistas posteriores, que solo encontraban bellos y dignos de aplauso los escritos calcados sobre el latín clásico; pero sobre esto ha dicho Schopenhauer: «Bien mirados, los autores que se sirven del latín é imitan el estilo de los antiguos, parecen máscaras, porque se oye y entiende lo que dicen, pero no se ve su fisonomía, que es el estilo. Este se ve en las obras latinas de los autores que tie-